

### CAPÍTULO III.

CONCEPCION DEL HOMBRE.—ORÍGENES (1).

#### § I.—Influencia de la filosofía sobre Orígenes.

La idea del progreso es una de las más consoladoras de la filosofía moderna. Cuando se derrumba una sociedad decrepita y se forma un mundo nuevo, hay una época de transición, llena de tristeza y de angustia. No se rompen de una vez todas las ligaduras que unen á las antiguas creencias, y la luz que ha de alumbrar el porvenir es débil todavía. En la oscuridad que rodea los destinos humanos, muchas veces falta el corazón á los más intrépidos. Los hay que se arrojan con los ojos cerrados en brazos de lo pasado, y tratan de hacer volver á la humanidad á la fe de sus antepasados. ¡ Vanos esfuerzos! No se resucitan las creencias, las instituciones, las costumbres (2). En medio de estos desfallecimientos solamente puede sostenernos la convicción de una educación progresiva de los hombres. Dios dirige nuestros destinos, y los dirige por el camino del progreso; lo que nos falta llegará á su hora. Al mismo tiempo que el dogma del progreso nos consuela de las miserias presentes, con la esperanza de un porvenir mejor, nos inspira

(1) ORIGENIS *opera omnia*, ed. Delarue, 3 vol., fól. 1733.—RITTER, *Geschichte der christlichen Philosophie*, t. I. p. 465-564.—J. REYNAUD, en la *Enciclopedia Nueva*, en la palabra ORÍGENES.

(2) Tan imposible es resucitar los siglos como los muertos.... Cuantas veces han querido remontar el curso de los tiempos esos navegantes cuesta arriba, no han hecho más que apresurar su naufragio. CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos*.

valor para trabajar por él. Cada uno de nosotros tiene su misión en esta obra sin fin. Nada de lo que se hace de bueno es perdido. Cae un grano sobre un terreno árido, desolado; los hombres dirán que cae en vano. Pasan algunos meses y el grano germina; pasan algunos años y la planta se convierte en un árbol que alimenta al viajero con sus frutos y le refrigera con su sombra y su follaje. Pongamos todos manos á la obra; si nuestro trabajo es fruto de un pensamiento desinteresado, tendrá la bendición de Dios.

La idea del progreso, que está llamada á renovar la sociedad, ha aparecido en el mundo con el cristianismo. Pero la verdad no se abre paso de una manera súbita; se necesitan esfuerzos seculares para elaborarla. Esto sucede con el dogma de la perfectibilidad humana; lo encontramos en los escritos de los primeros pensadores cristianos, pero mezclado con muchos errores. Es un germen débil que no podrá desarrollarse por completo sino bajo los auspicios de la filosofía moderna. Tal es la ley de la humanidad; no avanza más que á tropezones. No por eso debemos negar nuestro tributo de reconocimiento y admiración á los primeros que percibieron la luz.

Bajo este punto de vista trataremos de apreciar el papel que ha desempeñado en la historia de la humanidad una de las más poderosas inteligencias que han aparecido sobre la tierra (1). Orígenes es el más grande de los Padres filósofos. Discípulo de San Clemente, tomó de las enseñanzas de su maestro el sentimiento religioso que le distingue y una afición decidida á la especulación. Los testimonios unánimes de los historiadores eclesiásticos afirman que se entregó con ardor al estudio de todos los sistemas filosóficos. Su ciencia le adquirió la admiración de los enemigos mismos de la religión cristiana. A sus inmensos conocimientos unía la seducción de una palabra elocuente. Paganos y cristianos acudían á las lecciones que daba en Alejandría; los filósofos le dedicaban sus obras, y se las sometían como á un maestro para que las examinase. Sin embargo, los celosos, que confundían en la misma reprobación á la filosofía y al paganismo, miraban con prevención

(1) MOSHEIM, *De rebus Christianorum ante Constantinum*, p. 610: «ORIGENES vir magnus, admirabilis, et cum paucis omnium aetatum heroibus comparandus.»

aquellos estudios profanos y casi paganos. Orígenes se vió obligado á justificarse. Tenemos un fragmento de su defensa (1): «No estudia, dice, la filosofía por sí misma; ve en ella un instrumento que ha de servir para la propagacion del cristianismo.» En una carta á Gregorio el Taumaturgo, Orígenes dice que la filosofía es para el cristianismo lo que los conocimientos literarios y científicos son para la filosofía: un auxiliar para la interpretacion de las Sagradas Escrituras (2). Desde el punto de vista en que se colocaba no echaba de ver la contradiccion esencial entre la filosofía y la religion; en una obra titulada *Stromates*, trató de probar la conformidad de la fe con las especulaciones de Pitágoras y de Platon. No se detuvo en esto la influencia de la filosofía sobre Orígenes; fué la causa de su grandeza y de su debilidad. El principio fundamental de su doctrina, el error por el cual le ha condenado la Iglesia, procede de la filosofía.

Sin embargo, Orígenes no era un puro filósofo. El sentimiento cristiano se despertó en él desde su infancia; se entregó con increíble ardor al estudio de las Sagradas Escrituras. Niño aún, tuvo sed de martirio; su padre pereció como víctima gloriosa de la fe. Orígenes, no pudiendo seguirle, le exhortó á mantenerse firme en su creencia. No se inspiró únicamente en el heroísmo cristiano: la más bella de las virtudes, la caridad, resplandeció en todas sus obras. A sus amigos de Alejandría les escribe: «Hemos nacido para bendecir y no para maldecir» (3). Se mantuvo fiel á esta ley de amor en medio de las pasiones furiosas que desgarraban á la cristiandad. El odio con que los creyentes perseguian á los heréticos era mil veces más ardiente que el odio que separa á dos pueblos enemigos. Orígenes quiere que se los trate con dulzura para atraerlos nuevamente á la Iglesia. Su elevada razon no se asusta por las ligeras disidencias que espantaban á la estrecha fe de la masa de los fieles: «La creencia en Jesucristo, dice, basta, por imperfecta que sea» (4). La influencia combinada de la caridad cristiana y de la filosofía explica la obra del gran teólogo.

(1) EUSEB., *Hist. Ecol.*, VI, 19.

(2) ORÍGEN., *Op.*, t. I, p. 30.

(3) IBID., *Op.*, t. I, p. 5.

(4) IBID., *in Matth.* XVI, 12; c. *Cels.* v. 63.

## § II.—Doctrina de Orígenes.—Existencia progresiva.

Se lee en el decreto del concilio de Constantinopla que condena á Orígenes: «Si alguno dice que la creacion de los seres racionales ha consistido en espíritus independientes del cuerpo y de la materia, sin número, sin nombre, formando todos, por la identidad de sustancia, de potencia y de virtud, así como por la union y el conocimiento del Verbo, una misma unidad; que habiéndose cansado de la contemplacion divina, se han corrompido segun la inclinacion propia de cada uno, tomando entónces cuerpos..... Si alguno dijere que los seres racionales se han entibiado en el amor de Dios, y que por esto han sido unidos á cuerpos opacos como los nuestros y llamados hombres..... sea anatematizado» (1). El emperador Justiniano, haciéndose órgano de la Iglesia católica, censura á Orígenes por haber tomado este dogma en la tradicion de la antigüedad pagana: «¿Qué ha enseñado Orígenes diferente de las lecciones de Platon, que á su vez no ha hecho más que dar mayores proporciones á la locura de los Griegos? Dice que primitivamente no hubo más que esencias espirituales y potencias santas; que despues, habiéndose cansado de la contemplacion de Dios, corrompidas, entibiadas en su amor á Dios, han recibido el nombre de almas, y han sido encerradas en los cuerpos por castigo. Esta sola idea bastaria para su completa condenacion, porque se deriva de la tradicion impía de la Grecia» (2). Tal era, en efecto, el sentimiento de toda la antigüedad pagana: «Los contemporáneos de Orfeo, dice Platon en *Cratyló*, han instituido este nombre (alma), segun creo, porque el alma sufre en el cuerpo el castigo de sus faltas; está encerrada en esta prision como entre cadenas que la sujetan; y segun la locucion adoptada, el cuerpo es la prision del alma por todo aquel tiempo que sea necesario para pagar lo que debe.»

(1) MANSI, *Concil.*, t. IX, p. 395.

(2) *Epist. ad Mennam Archiep. Const. adv. impium Origenem* (MANSI, IX, 487).

El dogma del pecado tiene sus raíces en el Oriente; está grabado profundamente en el brahmanismo y en el buddhismo; se le encuentra también en la doctrina de Empedocles y de Pitágoras. Orígenes no oculta el parentesco de su teología con la sabiduría griega; se apoya en los filósofos para establecer este punto capital de su doctrina (1). La caída personal de todos los hombres es la base de su teoría de la vida. Esta teoría es una de las más amplias concepciones que han salido de la combinación de la filosofía y del cristianismo. En ella se encuentran en germen las especulaciones de los pensadores modernos acerca del destino de los hombres y de la humanidad. Pero con ella se han mezclado algunos errores que han producido la condenación de Orígenes por la Iglesia. A la filosofía corresponde rehabilitar al gran teólogo; aun cuando desecha su punto de partida, acepta sus atrevidas consecuencias, dándoles una interpretación más verdadera.

Orígenes parte del principio de la unidad, de la igualdad, de la perfección en la creación: «Dios, soberano creador del universo, es bueno, justo y todopoderoso. Al crear en un principio lo que ha tenido á bien crear, es decir, las naturalezas racionales, no ha tenido más causa para crear que él mismo, es decir, su propia bondad. Siendo él solo la causa de lo que se había de crear, él, en quien no hay variedad, ni cambio, ni imposibilidad, ha creado necesariamente iguales y semejantes los seres que ha creado, puesto que no hay en él mismo causa ninguna de diversidad» (2). Las criaturas están, pues, en su nacimiento en el estado de ángeles y participan de la perfección del Creador (3). En estos seres no hay ninguna distinción, ninguna variedad, sino igualdad, ó más bien, identidad absoluta. Por este hecho el mal no existe. ¿Cómo, pues, se han introducido en el mundo la diversidad, la desigualdad, el mal? Por un efecto de las criaturas. Dotadas del libre arbitrio, abusaron de este dón divino, se alejaron de su Creador y se entibieron en su amor de Dios. En castigo fueron unidas á los cuerpos. Estos ángeles caídos continúan en sus existencias suce-

(1) ORÍGEN., c. *Cels.*, I, 32.

(2) IBID., *De princ.*, II, 9, 6 (traducc. de REYNAUD).—C. *ib.*, I, 8, 2; II, 1, 1.

(3) IBID., *in Joh.*, XIII, 37.—RITTER, *Geschichte der christlichen Philosophie*, t. I, p. 514-515.

sivas el mismo movimiento de diversidad; unos se aproximan á Dios, otros se alejan de él. Tal es el origen del mal, y tal es también el principio de la desigualdad que reina entre los hombres. La Providencia da á cada uno una posición proporcionada á sus méritos ó á sus faltas en su vida anterior; así, pues, todo, hasta las condiciones del nacimiento, en apariencia fortuitas, tienen su origen en causas anteriores.

Este mundo en que reinan la diversidad, la desigualdad, el mal, ¿ha de ser siempre lo mismo? Aquí empieza la considerable disidencia que separa á la filosofía cristiana de la filosofía pagana. El paganismo está dominado por la fatalidad; representa á la humanidad moviéndose en un círculo vicioso, en el cual se reproducen eternamente los mismos errores, las mismas virtudes, los mismos crímenes. Orígenes, aun cuando toma su punto de partida en la teología pagana, llega á resultados completamente diferentes. La degeneración que caracteriza á este mundo no puede haber sido el propósito del Creador. Es preciso que el fin sea idéntico al principio (1). Existiendo en el origen de las criaturas la unión, la igualdad, la perfección, su destino debe ser esta misma condición originaria; la diversidad debe reducirse, pues, nuevamente á la unidad, la desigualdad á la igualdad, la naturaleza humana á la naturaleza angélica (2). ¿Cómo volverá la creación del estado en que se encuentra á la pureza primitiva? La vida es un castigo; pero, si Dios castiga á sus criaturas, no es por odio; la *venganza divina* de que hablan los libros sagrados es una figura; Dios no puede odiar á los hombres; los ama, porque los ha creado (3). Su venganza no es más que justicia; ahora bien, su justicia y su bondad se confunden (4). Dios castiga, porque toda falta merece un castigo; pero su bondad procura que la pena sea al mismo tiempo una expiación; borra el pecado, corrige á los culpables y pre-

(1) ORÍGEN., *De Princip.* I, 6, 2: «*Semper enim similis est finis initiis.*»

(2) IBID., *De Princip.* III, 6, 3: «*Multa differentia ac varietates per bonitatem Dei et subjectionem Christi atque unitatem spiritus sancti in unum finem, qui sit initio similis, revocantur.*» C. *ib.*, I, 5, 3.

(3) ORÍGEN., c. *Cels.*, I, 71.

(4) IBID., *De Princ.* I, 5, 3: «*Si bonum virtus et justitia virtus est, sine dubio justitia bonitas est.*»

para su reconciliación con el Creador (1). ¿Qué es, pues, la vida? Una educación divina que levanta al hombre de su caída y lo conduce á Dios. Puesto que el hombre ha prevaricado por un efecto de su libre arbitrio, la voluntad, mejor dirigida, puede volverlo á su perfección primera. En medio de su degradación conserva el sentimiento de su naturaleza celeste; la imagen de Dios, grabada en su alma, le insta incesantemente á elevarse á la altura de su divino modelo, hasta que, por medio de perseverantes esfuerzos, se hace semejante á Dios (2).

¿Cómo podrá alcanzar su perfección el hombre abandonado á sí mismo? Para remontarse hácia Dios necesita un guía y un apoyo. Le encuentra en la bondad divina que no abandona nunca á sus criaturas. Orígenes se apoya en una tradición extendida por todo el Oriente y que ha dejado huellas en el cristianismo. Todo hombre tiene dos ángeles, uno bueno y otro malo. El ángel malo excita al alma á entregarse á todos los vicios; pero el ángel bueno no abandona al hombre, sean cuales fueren sus extravíos, y la luz acabará por triunfar de las tinieblas. Orígenes hace extensiva esta intervención celeste hasta las naciones: cada una tiene su ángel, su genio (3). La filosofía puede aceptar esta creencia transformándola. Sí; el hombre extraviado por el mal uso de su libertad necesita una protección que le ayude á levantarse de su caída. Pero para esto no hace falta recurrir á la intervención de seres celestes intermediarios entre Dios y el hombre: basta nuestra comunión directa con Dios y con nuestros semejantes.

La intervención de los ángeles no tiene más que una importancia secundaria en el plan de educación providencial concebido por Orígenes. Y aun la existencia de los ángeles malos supone la permanencia del mal. Sin embargo, el mal debe desaparecer, el infierno mismo debe ceder ante el cielo. Para conducir esta inmensa revolución á feliz término se necesita una acción más enérgica que la de las criaturas angélicas; Orígenes la encuentra en una revelación permanente. La idea que Orígenes se forma de la reve-

(1) ORÍGEN., *De Princ.*, II, 5, 1; c. *Cels.*, IV, 10.

(2) IBID., *De Princ.*, III, 6, 1. C. c. *Cels.*, VI, 63.

(3) IBID., *De Princ.*, I, 8, 1; c. *Cels.*, V, 28 y sig.—REYNAUD, en la *Enciclopedia Nueva*, t. VII, p. 128, 129.

lación sale ya del cristianismo y toca en la filosofía. Los cristianos dicen que Dios ha revelado una parte de la verdad por medio de Moisés; que después el Verbo de Dios, hecho carne, ha venido á completar la Ley y á extender sus beneficios á la humanidad entera. Orígenes, siguiendo en esto la opinión de San Clemente de Alejandría, no admite más que una sola revelación. Jesucristo es uno de los espíritus dotados primitivamente por Dios de la beatitud evangélica. Solamente él se ha conservado puro, por lo cual ha merecido unirse al Verbo. En su caridad infinita, Cristo quiere que todas las criaturas se salven; su misión comienza, pues, con la prevaricación de los espíritus. Si no ha hecho su aparición sobre esta tierra hasta después de millares de años, no por eso debe creerse que hasta entonces ha permanecido inactivo; él ha inspirado á Moisés, á los profetas y á aquellos amigos de Dios que han hecho todo género de esfuerzos para atraer á los hombres á la verdad (1). Cuando llegó el tiempo de su advenimiento se encarnó para que la palabra de vida fuese provechosa á toda la humanidad. Todavía ha de volver á este mundo y convertirá á aquellos que no han utilizado su primera enseñanza (2).

¿Cuál será el término de la educación providencial cuyo órgano es el divino Mediador? Los espíritus caídos volverán á su pureza primitiva; la creación recobrará su perfección primera. Todos se salvarán (3). No hay en las criaturas razón suficiente para que unos sean llamados al cielo y otros arrojados al infierno. Todos somos ángeles caídos: si esta caída no es irremediable, si podemos levantarnos de ella por la activa é incesante intervención

(1) ORÍGEN., c. *Cels.* IV, 7; *De Princip. Praef.*, 1.

(2) IBID., *Homil. in libr. Jesu Nave*, XVI, 3; *Commentar. in Matth.* (t. III, página 857. F.).

(3) Esta idea pertenece igualmente á CLEMENTE DE ALEJANDRÍA (*Strom.* VI, 6, 762 y sig.; *Paedag.* c. 8, p. 135; *Strom.* VII, 2, p. 832 y sig.). La idea de la salvación final de todas las criaturas dominó por largo tiempo en Oriente. La enseñaban los más grandes teólogos, tales como GREGORIO DE NIZA (NEANDER, *Geschichte christlichen Religion*, t. II, 2, p. 1261) y DIDYMO (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. I, § 82). Gozó también de favor en Occidente; SAN AGUSTÍN confiesa que la mayor parte de los fieles se negaban á dar fe á la perpetuidad de las penas (*Enchir. ad Laur.* 30).

del Salvador, este beneficio debe alcanzar á todos, puesto que todos somos culpables. Verdad es que en nuestra vida de hombres nuestros méritos y nuestras faltas son diferentes; miéntras que unos se acercan á Dios, los otros se alejan de él. Pero este alejamiento cede al poder de Jesucristo; no hay vicio, por enorme que sea, que no se cure con el tiempo; el Verbo y sus remedios son más poderosos que las enfermedades del alma (1); abarca á todas las criaturas en su amor, que es infinito como su poder. Hay más. La creacion es una y solidaria. Así como en un principio la beatitud era el estado de todos los espíritus, despues de la consumacion de los siglos todas las almas recobrarán su naturaleza de ángel. Si una sola quedára sumida en las tinieblas, las otras sufrirían; su felicidad no sería perfecta, lo cual es contradictorio. El Salvador mismo no está exento de esta ley general; Orígenes dice de él en su admirable caridad: «Miéntras hay una criatura sumida en la iniquidad, Cristo no puede regocijarse» (2).

La antigüedad habia creado un tipo del vicio, un genio del mal, Satanás, que tantos terrores infundió en las imaginaciones de la Edad Media. La salvacion universal ¿alcanzará tambien al príncipe de los infiernos y á sus dominios? La solucion que Orígenes se atrevió á dar á esta cuestion suscitó contra él una oposicion furiosa; en su aversion al Espíritu de las tinieblas, los cristianos no podian perdonar al teólogo filsofófico que hubiese querido mirar el cielo con el infierno. Este audaz pensamiento del Padre griego es una consecuencia lógica de todo su sistema. No hay criatura que sea sustancialmente mala. Satanás, lo mismo que Jesucristo, ha sido creado puro; si ha tenido el funesto privilegio de resumir en sí todo lo que hay de malo en las almas caidas, esto no es más que un accidente de su libre arbitrio; esta disposicion puede, pues, cambiar y debe acabar por volver al bien. Así lo quiere la ley de la creacion. Dios ha creado á todos los seres para que vivan, y los que han sido creados para la vida no pueden dejar de ser (3).

(1) ORÍGEN., c. *Cels.*, VIII, 72.

(2) IBID., *Homil. in Levit.*, VII, 2: «*Salvator meus letari non potest, donec ego in iniquitate permaneo.*»

(3) ORÍGEN., *De Princ.*, III, 6, 5; I, 6.

Así, despues de largas aberraciones, á través de los sufrimientos inherentes á nuestro estado de degradacion, remontamos progresivamente hácia Dios, hasta que haya sido vencido el último enemigo, la muerte. ¿Cuál será el destino de la creacion cuando haya llegado el término de su viaje? La unidad en Dios. Escuchemos á Orígenes: «Yo creo que la verdad que nos han enseñado de que Dios será todo en todos, debe interpretarse entendiendo que Dios será todo en cada uno. Será todo en cada uno en el sentido de que todo lo que el sér racional, despues de haber sido purificado de todo vicio y de toda mala inclinacion, puede sentir, comprender, pensar, será enteramente Dios; que el sér no podrá ya ver nada, abrazar nada que no sea Dios; que Dios será el modo y la medida de todos sus movimientos. Así es como Dios será todo. En efecto, la distincion del bien y del mal no existirá ya, puesto que, siéndolo todo Dios, en quien no hay ningun mal, no podrá ya haber mal; y, puesto que todos estarán en el bien, y que Dios será todo en cada uno, no habrá ya deseo de llegarse al árbol del bien y del mal. Así, juntándose el fin con el principio, el estado de la naturaleza racional volverá al tiempo en que nadie aún habia osado tocar al árbol del bien y del mal, á fin de que, desapareciendo toda malicia, para no dejar lugar más que á lo puro y á lo verdadero, Dios, que es el único bien, lo haga todo, y no en algunos ni aún en muchos, sino que sea todo en todos» (1).

### § III. —Apreciacion de la doctrina de Orígenes.

En apariencia la doctrina de Orígenes es la más magnífica teoría del progreso, puesto que desde el estado de imperfeccion en que nos encontramos nos conduce hasta Dios; en realidad está atacada de un vicio radical. La prevaricacion de los espíritus, creados puros y perfectos, es el punto de partida de toda la filsofía de Orígenes. Este dogma es falso y ha hecho caer al gran teólogo en los más graves errores.

(1) ORÍGEN., *De Princ.*, III, 6, 3 (traducc. de REYNAUD). C. c. *Cels.*, IV, 29.